

BENITO Y EL GRAN ENIGMA

El conejito Benito no estaba contento. Era la hora de la cena y aunque había pastel de patatas y zanahorias, su mente estaba en otra parte.

—Papá, ¿y si no escucho el despertador por la mañana? ¡Llegaré tarde a la escuela!

—Bueno —contestó el papá—, si te quedas dormido y no oyes el despertador, yo te llamaré para que llegues a tiempo a la escuela.

—Pero, ¿y si tú no te despiertas? —replicó Benito—. ¿Qué pasará?

Por su cabeza, lentamente, comenzaron a desfilarse todos los problemas que podían surgir.



—Esa es una buena pregunta —dijo papá—, supongo que entonces llamaré a tu profesor y le diré que llegarás un poco tarde. Luego te subiré al auto y te llevaré a la escuela.

—Sí, pero entonces me perderé la mitad de la primera clase —gimoteó Benito—, ¿y qué pasará si todos me miran cuando llegue?

—Si eso sucede —respondió el papá esbozando una sonrisa—, creo que no tienes que preocuparte.

Benito se quedó pensativo por unos instantes.

—Sí. Supongo que tienes razón —contestó.

Siguió jugueteando con su comida en silencio. Luego le asaltó otra idea.

—¿Qué pasará si me olvido mañana de llevar los deberes? El profesor Ramón se enfadará.

—Benito, nunca te ha inquietado eso. ¿Por qué te preocupa tanto ahora? —preguntó la mamá.

—No lo sé —musitó en tono lastimero—. No puedo evitarlo.

Más tarde, aquella noche, cuando se fue a dormir no paraba de darle vueltas en la cabeza a un sinfín de enigmas.

—Y si... Y si... Y si...

★★★

A la mañana siguiente, Benito escuchó el despertador y se levantó de un brinco.

—¡Viva! —exclamó contento.

Había escuchado la alarma del reloj y llegaría a tiempo a la escuela.

En clase, se sentó junto a su mejor amigo, Crispín el puercoespín, y disfrutó mucho el rato que pasaron haciendo dibujos y trabajos manuales. Al mediodía, cuando abrió su fiambreira encontró un delicioso emparedado de zanahoria acompañado de todas sus guarniciones favoritas que mamá le había preparado. Tras terminar de comer, jugó en el patio con sus amigos: Crispín el puercoespín, el faisán Felipe y Hugo el mapache. Antes de terminar la clase, el profesor Ramón les entregó a cada uno una tarea para hacer en casa que debían entregarle al día siguiente.

Mientras regresaban a sus hogares caminando a través del bosque, Benito y Crispín se detuvieron a recoger algunas bayas para sus mamás. Habían pasado un buen día.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Ya llegué! ¡He tenido un día estupendo!
—exclamó Benito mientras irrumpía en el salón—. Mamá, te traje unas bayas.

Cuando abrió su mochila para sacarlas, se dio cuenta de que ¡había perdido la hoja de los deberes!

—¡Mamá, mamá! ¡No está! —exclamó lloriqueando mientras sacaba todas las cosas de la mochila en un intento por encontrar la hoja que tenía que rellenar y entregar al otro día.

—Cariño, ¿estás seguro? —repuso la mamá.

—Sí. ¡Lo estoy! Seguramente se me cayó mientras recogía las bayas con Crispín en el bosque. Tengo que ir a buscarla.

Benito se dirigió hacia la puerta para salir a buscar la hoja perdida, pero su papá le dio una palmadita en el hombro.

—Muy pronto anochecerá, y ya sabes que tenemos por norma no salir de noche. Además, dudo que puedas verla con tan poca luz.

Benito miró por la ventana. Su papá tenía razón. Estaba anocheciendo y el sol ya comenzaba a ocultarse por el horizonte.

—Pero si no tengo los deberes, ¿qué voy a hacer?

—Supongo que tendrás que decirle a tu profesor que los perdiste. Él lo entenderá, todo el mundo pierde algo en alguna ocasión.

—Pero, ¿y si piensa que lo hice adrede? Y si... —su voz se desvaneció.

—Benito, ayúdame a poner la mesa y te contaré la historia de una mascota Pumbys que yo tenía a tu edad.

Al conejito se le despertó la curiosidad.

—¿Los Pumbys existen de verdad?

—Bueno, para mí así fue. Se llamaba Gran Enigma y, como la mayoría de los de su especie, era bastante maleducado.

—¿De verdad? ¿Qué hacía?



—Quería toda mi atención y cuanto más le daba, más gordo se volvía, hasta que llegó a ocupar casi toda mi habitación, ¡y luego comenzó a seguirme por todas partes!

—Yo pensaba que las mascotas deben...

—Sí. Solo que esta mascota era bastante pesada. Quería saber todo lo que iba a pasar en el día y ¡hasta lo del día siguiente! Cada vez que abría la boca, decía: «Y si...» Por eso terminé llamándolo Gran Enigma. Poco después, ya no resultaba divertido llevar a mi Pumby a todas partes. Me exigía tanta atención que no me dejaba disfrutar de mi familia ni del colegio ni de mis amigos.

—¿Y qué hiciste?

—Al final aprendí cómo domesticarlo. En lugar de pasar demasiado tiempo escuchando a mi mascota contarme los problemas que podían ocurrir, me ayudó mucho hablar con mi papá sobre los problemas que me vaticinaba Gran Enigma. También aprendí que si oraba y le pedía ayuda al Señor, Gran Enigma no era tan malo ni difícil de cuidar.



Algo que me sirvió mucho para hacer que se callara fue que viera con sus propios ojos qué las cosas que temía casi nunca sucedían o que no eran tan terribles como pensaba. Yo, quiero decir, él aprendió que podía elegir entre cuestionar y preocuparse por todo lo que podría ocurrir, o más bien podía escoger ser audaz y valeroso.

—Tú, o mejor dicho, él escogió ser valiente, ¿verdad? — preguntó Benito, que estaba disfrutando mucho el relato.

—Sí. Y al final Gran Enigma empezó a menguar hasta recobrar un tamaño manejable, y pronto se volvió tan minúsculo que ya no podía tenerlo como mascota.

Durante la cena y luego cuando se fue a la cama, Benito siguió meditando en la historia que su papá le había contado. Se daba cuenta de que seguramente él también tenía un Bumpy parecido a Gran Enigma y que lo había alimentado demasiado.

★★★

A la mañana siguiente Benito se levantó a tiempo. Hacía un día radiante y precioso. Se puso el uniforme del colegio que mamá le tenía preparado y mientras desayunaba se acordó de los deberes que había perdido. Eso le provocó dolor de estómago, mientras se preguntaba qué diría el profesor Ramón cuando se enterara. Sentía que el Bumpy se despertaba.





—Mamá, ¿puedes orar por mí? —preguntó Benito—, estoy preocupado por mis deberes.

Ella comprendía perfectamente lo que le pasaba. Tras orar por él, le dio un abrazo y un beso, y le prometió que cuando volviera a casa podría disfrutar de unas ricas galletas de zanahoria.

Aún se sentía preocupado mientras cruzaba el bosque camino de la escuela, pero decidió ser valiente y no prestar atención a su mascota Gran Enigma. Al llegar a la escuela, subió los escalones y recorrió los pasillos que llevaban hasta su clase; y muy pronto, casi demasiado pronto, se encontró cara a cara con su profesor.

—Profesor Ramón, ayer mientras iba a casa perdí la hoja de los deberes. Lo siento mucho, no la tengo.

—Gracias por decírmelo, Benito. Dispongo de una copia extra que te puedo dar. Guárdala bien para que esta vez no la pierdas.

—Sí, señor. Así lo haré.

No fue tan terrible como me imaginaba —pensó Benito mientras se sentaba en su pupitre. Entonces se percató de que su mascota Bumpy estaba muy silenciosa. Había sucedido lo que tanto temía, y no fue tan terrible después de todo.

Fin